

## SONDEAR A MEXICO

Federico Reyes Heróles  
*ESTE PAIS*

**P**ocas afirmaciones tan ciertas como aquella expresión popular de que no sabe uno para quién trabaja. Para mí todo ejercicio intelectual es, antes que nada, un ejercicio de honestidad personal. Este no puede ser la excepción.

Herético profesor de teoría política, de epistemología, que incursiona en el concepto de *virtu* en Maquiavelo o en el de sociedad civil en Locke o intenta clases sobre la Revolución Francesa a través de Carpentier, o pretende explicar el nominalismo no con Quevedo o Gracián sino con “El Hablador” de Vargas Llosa, devengo en cabeza visible de un proyecto editorial plagado de cifras, porcentajes, cuadros, gráficas, números que muy poco, nada dirán algunos, y no sin razón, tiene que ver con mi origen e inclinaciones profesionales. Creo, sin embargo que hay razones para exponer el por qué de este aparente desvío profesional que espero no sea un desvarío. Quizá incluso sirva esta disquisición personal para explicar y convocar a algunos más a una nueva pasión que no es excluyente de las previas, sino, por el contrario complementaria. Esa pasión podría ser llamada *factofilia* (amistad, inclinación por los hechos) con su contraparte *ideologifobia* (rechazo a los opios populares, a las ideologías).

Vayamos por pasos. Lo que en otros países es costumbre, muy arraigada, cotejar con cifras el pensamiento popular o mejor dicho el sentir popular, es en México un asunto muy delicado, complejo e incluso me atrevo a decir, subversivo. Las ideas, los principios, los ideales son, que duda cabe, la Rosa de los Vientos de nuestro mundo intelectual. ¿Hacia dónde encaminarnos, por qué tomar un determinado rumbo y no otro, tener una noción de justicia o de injusticia, de probidad, de honestidad, cuatro o cinco fuertes, resistentes, asideros, resultan un instrumental imprescindible para poder guiar, medianamente nuestros pasos, para pretender, por lo menos, que sabemos cómo sortear

la tempestad. Las marejadas, los vientos terribles, la obscuridad del mar, el timón, son imágenes, inevitables cuando tenemos que hablar de los rumbos a escoger en palabras de Alfonso Reyes, “estamos a bordo de la vida, vivir es nuestra profesión”.

Pero, en el extremo, si esa Rosa de los Vientos no tiene el atrevimiento, necesario atrevimiento, de posar sus plantas, de lanzar sus raíces a una terrenal realidad, muy probablemente se convierta en inútil veleta que nada indica. Así que tocar piso y redefinir, reencontrar el rumbo para, de nuevo, volver a sondear, como los antiguos marineros, la profundidad de los mares por los que se navega, para volver a recapacitar sobre el mejor de los rumbos, pareciera ser un ejercicio interminable y, en algún sentido obligadamente sistemático, para todo aquel que quiera, de verdad, avanzar así sea un poco. El **qué** queremos para nosotros, para nuestros países sólo puede construirse, responsablemente, a partir del **qué** somos en tanto que personas o naciones. La responsabilidad intelectual obliga a ir a los datos, así éstos nos sean ajenos en un inicio.

Saber qué pienso yo, o creer saberlo es tan sólo el primer paso del egóismo insalvable. Pero para romper de verdad en mil pedazos el asfixiante yo hay que tener la humildad, diría alguien de preguntar: qué piensas tu, qué piensa o siente él o ella, o aquel hasta llegar a la terrible primera persona del plural, qué pensamos, o sentimos, o queremos, o deseamos, o tememos nosotros. “La humildad, dijo Chesterton, es algo muy extraño, en el momento mismo en que creemos tenerla, ya la hemos perdido”. Sigamos adelante preguntando pero sabiendo que no somos humildes a los ojos de Chesterton. Los desplantes doctrinales que no parten de reconocer o intentarlo por lo menos, la realidad en el sentir de los pueblos son, además de quimeras, posturas terriblemente soberbias y autoritarias. El siglo XX, con la estadística en la mano, arrincona a la doctrina pero abre la puerta a la auténtica democracia. Podemos terminar odiándola pero allí está la sonda, la métrica. Reconocer el verdadero sentir popular, así no nos agrade en ocasiones, es un mínimo principio democrático, que todos deberíamos aceptar.

Por un lado el **qué** queremos ser con ese embriagador aroma de la ambición indómita. Por el otro, la cruel realidad de lo que somos, realidad que condiciona lo que podemos ser. Pero y México, ¿qué decir de ese nuestro país contrahecho, mutante, transformado pero al fin el mismo, ese país que tiene un pie en el pasado y otro en un futuro, ese país ha sido invento de extraños pero, a la par, también siempre nuestro? ¿Qué decir de la forma como los mexicanos nos hemos explicado al mundo y a nosotros mismos? ¿Por dónde ha caminado nuestro pensamiento? Observémonos en una perspectiva histórica que, si algo busca, es no ofender a nadie sino explicar, epistemológicamente, por dónde hemos los mexicanos hecho brecha en nuestro pensamiento.

La configuración de México como nación es particularmente dolorosa. Los principales protagonistas de la independencia, los líderes más exaltados por la historia, son criollos, es decir españoles de origen cuyos intereses se

contraponen a los de la metrópoli. El pueblo aborigen de nuestro territorio sigue a Hidalgo o a Morelos, quizá primero por una ansiedad libertadora, que por la clara convicción de qué era lo que se anhelaba. Los *Sentimientos de la Nación* reciben nombre preciso en un texto, pero huelga recalcar que era difícil, por no decir que absurdo, hablar en ese momento de una nación, es decir de esa amalgama de valores compartida por una ciudadanía cabal. En todo caso los *Sentimientos de la Nación* fue una expresión afortunada pero muy distante de lo que el país vivía. La diversidad étnica, cultural, provocó que el punto de partida para la construcción nacional fuese algo tambaleante. Nada más lejano a nuestra realidad que el crisol estadounidense.

La Rosa de los Vientos de José María Morelos estaba muy clara, pero qué bueno que no levantó una encuesta porque quizá se hubiera llevado una sorpresa. Esta es la primera lección que debemos de tener en mente. Los sondeos, las encuestas, son termómetros que nos enseñan lo que se piensa o siente en lo general sobre un determinado tema, en un momento determinado. Nada más, tampoco menos. No reportan ideologías inamovibles, sino estados de ánimo, y estos cambian. Ello, de entrada, resulta casi subversivo en nuestro país. Es difícil aceptar que la solidez ideológica de la Independencia, de la Reforma y de la Revolución, frecuentemente correspondió a planteamientos de élites, ideales muy distantes del sentir popular que difícilmente constituía una ideología o cuerpo de ideas eslabonado.

Un extraño sentimiento democrático en ocasiones conduce a suponer que debemos pensar igual que el resto del país, es decir en algún sentido que somos el país. Esto no es así necesariamente. Con frecuencia las molestas cifras, las incómodas gráficas, lo confirman a uno como minoría. Esa es la segunda gran lección. Sondar a México destruye esa visión homologadora que pretende hermanar a los mexicanos en una inacabable fiesta de la mexicanidad situada allende las diferencias. Sondar a México conduce al reconocimiento de las diferencias, al fin del mito unificador. Pero, qué bueno que así sea. Esa es la forma de saber dónde estamos parados, de poner los pies sobre la tierra. Sondar a México conduce a hablar de una nación evidentemente plural. Adiós a la mexicanidad como mito unificador pero autoritario. Bienvenida la diversidad, dolorosa pero democrática. Hagamos de la diversidad un verdadero amarre de la democracia mexicana. Las cifras son nuestra moderna brújula. El mito del México unificado sólo es posible en un país que se lee sin números. **V-topos**, no existe tal lugar de la no diferencia. Bienvenidos al retrato de la diversidad negada.

Pero sigamos con nuestro recorrido. Una vez lograda la Independencia cuatro bandos ideológicos, que en realidad eran dos, se dividieron la discusión sobre el país. Centralistas contra federalistas, liberales contra conservadores blandían, en espléndida esgrima intelectual, sus argumentos sobre cómo conducir al país. Quiero ser claro, se trata de ricos debates que duran décadas porque en ambos equipos, por denominarlos de alguna forma, había personajes cuyo

brillo intelectual no permite fuga. Arriaga, Alamán, Mora ¿a quién irle? Pero de nuevo recordemos que se trata de grandes pensadores, productores de rumbo, que difícilmente hablaban a nombre de la nación, expresión que, para mediados del siglo XIX, seguía siendo anhelo, propósito, antes que realidad. Caro, muy caro, pagamos esta falta de integración real, no la mística. Así, el pensamiento ideológico tiene en nuestra historia brillantes expresiones, pero el pensamiento popular siguió sin tener voz. Se trata sí de un país en ciernes con un **podium** esplendoroso al que sólo pueden subir unos cuantos. La paradoja no pudo ser mayor. Los primeros “mapeos” de lo que sería el futuro pueblo mexicano, son efectuados por extranjeros. Entre ellos los famosos viajeros que, ya fuera por la vía escrita o a través de la expresión gráfica, buscan plasmar lo que el país era, lo que anhelaba ser, Humboldt, Bullock, Stephens, Rugendas, Egerton por citar algunos.

Nos encaminamos así al siglo XX con un gobernante a la cabeza que sin duda propuso una aproximación a la realidad mexicana más moderna, menos ideológica, pero cuyo único defecto fue que pasó de ser un aparente defensor de la república a un dictador. Me refiero, por supuesto, a Porfirio Díaz. Con él cayeron algunos valores epistemológicos, del conocimiento, nada despreciables. El positivismo mexicano, que lo hubo, muy fuerte y brillante, vio truncado su desarrollo por la falta de vocación democrática del régimen que lo llevó al poder. El conocimiento fáctico, de los hechos, que tuvo un gran despliegue a principios del XIX en Europa con Comte y después con Durkheim a la cabeza y que, de por sí, llegaba tardísimo a nuestro país, tropieza en su nacimiento y es condenado al peor de los cadalsos: ser reaccionario en un país que hace una revolución con un millón de muertos. País que, además, tiene la osadía de proclamar la revolución como actitud permanente y, por si fuera poco, le pone revolución a las avenidas, y calles. Ser positivista, pretender una aproximación a los hechos antes que a las ideas, se convirtió en una propuesta intelectual casi suicida y, por supuesto, reaccionaria. ¿Leer a México, a los mexicanos? Para qué, si nosotros ya sabemos cómo somos de Cuauhtémoc a Juárez, Zapata y Pedro Infante. Independencia, Reforma, Revolución, México es, los mexicanos son y siempre han sido. Punto. Positivismo y dictadura, revolución e ideología se convirtieron en parejas antagónicas, casadas irremediablemente.

Entre los horizontes del pensamiento mítico y la moral revolucionaria en México se decretó muerte civil al simple y llano sentir del ciudadano. Ese vaivén de emociones contradictorias y contrahechas no tenían (¿tienen?) lugar. La moral de estado impuesta y los infinitos laberintos analíticos de la mexicanidad, que difícilmente podían ser populares, no abrieron un territorio para reconocer el sentir popular. Kierkegaard se paseaba por la Zona Rosa y los agudos ojos de Carlos Fuentes nos sabían arrojados de Quetzalcóatl a Pepsicóatl. Pero los tirajes de esos importantísimos textos nos vuelven a la realidad: sólo una élite, un grupúsculo, se ocupa en el país, de penetrar en la conciencia

de ese mexicano mutante. A finales del siglo XX, y con varios satélites comunicando al país, no hay cómo medir el pulso del sentir popular. Dos flamantes centros de estudios de opinión pública y una revista son los únicos termómetros para medir el sentir de 85 millones de habitantes. Los especialistas de hoy, los paridos en los cuadros y gráficas, la llaman percepción. Arrojan el concepto seguros de que resulta clarísimo. Los números retratan la “percepción” — nos dicen —, de ese abstracto que llamamos gente. La percepción no es correcta o incorrecta, no acepta cruzar por la **horca caudina** de la moral. La percepción simplemente es. Pero en realidad el asunto no es tan nuevo. Cuando más está vestido de cibernética, pero hasta allí la novedad.

“Eso que te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa”. Los pareceres cervantinos crearon y recrearon al mundo: la venta en castillo, Aldonza en Dulcinea, el Ebro en Mar. “¿Qué Gigantes?”, pregunta Sancho mientras don Quijote ya da espuelas a Rocinante. No sabemos si fue Quijada, Quesada, Quejada o Quijano, pero estamos ciertos de don Quijote que ya cabalga hacia los gigantes, no sin antes haber reclamado a su escudero; “Bien parece que no estás cursado en esto de las aventuras”.

Así que el ostentoso concepto de percepción tiene una larga historia. Lo que pasa es que por lo visto, algunos encuestadores no han leído “El Quijote”. El dilema es claro: leer la vida siguiendo el infalible sentir de la gente o pretender que sólo existe la venta, Aldonza y los molinos. Fantástico resulta que ahora podemos cazar, capturar, atrapar, con gran precisión, las creencias, imágenes, valores que gobiernan la mente de millones. Fantástico pues podemos sumar subjetividades y, al hacerlo, obtenemos un hecho tan sólido como una piedra. Esa es la maravilla ante la cual no podemos cegarnos. Descubrimos así que detrás de esos fríos cuadros y gráficas casi inhumanas se abre una forma de releer al mundo más allá de las rígidas morales o de las castrantes ideologías. Todo cobra entonces sentido: el castillo, el yelmo, los gigantes y por supuesto Dulcinea.

Kundera supo poner la mira en la presa. Se gobierna y vive con imágenes y por imágenes. Esas, alguien las crea. **Imagólogos** lanza el checo, neologismo del que difícilmente podremos desprendernos ya. Para Joseph Conrad el asunto es muy sencillo. Sabemos que la tierra gira alrededor del sol, Copérnico gobierna nuestros saberes. Pero una tarde, en el horizonte, sobre el mar, ese fuego redondo se retira. Un día más se ha acabado, otro año se ha ido, hemos perdido a un amigo. Nos refugiamos en nuestros pensamientos. Volverá a amanecer. Será otro día con esperanza. Amanecerá una y otra y otra vez. La herida irá cerrando. Saldrá por el Este y calentará nuestro cuerpo, sentiremos alivio. El sol gira para nosotros. Ptolomeo nos gobierna en ese instante. Con él vivimos y, sin embargo, seguimos dando vueltas.

Fue justo ese vacío de aproximación fáctica en la formación del pensamiento intelectual mexicano, fue esa carencia de una confrontación sistemática

con los hechos, la que facilitó el surgimiento de dos vertientes del pensamiento ideológico totalmente criollas y en el fondo autoritarias. Me refiero al pensamiento mítico y al pensamiento de la moral revolucionaria. El pensamiento mítico mexicano tiene como gran meta encontrar la quintaesencia de lo que nos convierte en seres totalmente singulares. La búsqueda de la mexicanidad, como objetivo, cargó al mundo intelectual de una subjetividad en el análisis de una gran riqueza, pero al fin subjetividad. Surgió así una producción que oscilaba entre mitología, la exacerbación de estereotipos y el psicoanálisis social. El territorio a explorar era tan amplio como sugerente. Allí está un pasado prehispánico que nos condiciona en nuestra proyección de tiempo y espacio y que se remonta a varios miles de años antes de Cristo. Allí está también ese doloroso autodescubrimiento, por decirlo de la forma más amable, entre la realidad autóctona y la española, europea, occidental, que inyecta en nosotros también toda la carga árabe. El pensamiento mítico mexicano fue una riquísima actitud de introspección en los valores de "Lo Nuestro", siempre con mayúsculas y en singular, que tuvo expresiones tan serias y sugerentes como las de Uranga, Jorge Abechja, Samuel Ramos, Octavio Paz y Carlos Fuentes, por nombrar a los clásicos en la forma escrita, pero también a Goytia, o Rodríguez Lozano entre muchos otros en la plástica.

Las aportaciones del pensamiento mítico fueron muchas y riquísimas, pero no podía suplantar a los datos. La carencia de datos, de cifras facilitó la marcha del autoritarismo. Sin cifras no hay diversidad, sin diversidad no hay necesidad de democracia. La introspección no atentaba contra el autoritarismo posrevolucionario. El pensamiento mítico, en esencia, podía ser absorbido por el discurso autoritario. No era información, sino saberes. Los saberes no se comprueban, simplemente son. El vacío se convirtió en abismo. Por un lado el pensamiento mítico, por el otro, los datos, las cifras, las encuestas. Mientras en Estados Unidos de Norteamérica se creaba Gallup, nosotros hacíamos un brillante soliloquio alrededor de la mexicanidad. Los mexicanos aparecimos así nacionalistas, religiosos, defensores de la familia, medio existencialistas, con una moral allende lo económico y siempre patriotas. ¿Será de verdad cierto?

El pensamiento de la moral revolucionaria fue una simbiosis que retomó al pensamiento mítico y se remontó a Quetzalcóatl para explicar el siglo veinte o a la mirada triste de una indígena. Todo para apoyar al régimen "revolucionario". Una de las manifestaciones más evidentes de esa moral impuesta y acrítica se da en la plástica. Figuras como Rivera, con una gran escuela europea, reniegan de toda la rica academia para resaltar los valores de las tres grandes revoluciones, mexicanas: la guerra de Independencia, la Reforma y la Revolución. Introspección, retrospectiva, el futuro como continuidad de lo que se ha sido, de lo que no se puede dejar de ser. Mientras Kandinski exploraba y diagramaba el espacio pictórico, la moral revolucionaria pintaba los pasillos de los edificios públicos.

Pero lo curioso del caso es que tanto el pensamiento mítico como la moral

revolucionaria nunca implementaron los mecanismos para saber qué piensa la gente, los mexicanos, ese abstracto del cual conocemos orígenes remotísimos y ambiciones o anhelos proclamados en la plaza pública, pero no su verdadero sentir. Así llegamos a la segunda mitad del siglo XX y nos encontramos con mares de vacío informativo sobre qué piensan en verdad los mexicanos sobre temas tan cotidianos como el nacionalismo, la familia, la religión, el aborto, las relaciones extramaritales, etc.

Por ese vacío, los vacíos siempre son llenados, surge un pensamiento ilustrado que goza de múltiples foros. Sabemos qué piensa tal o cual pensador sobre un determinado asunto e interpretamos sus ideas de acuerdo a sus pronunciamientos previos, pero no sabemos cómo se sitúa esa expresión en el sentir popular. Si México fuera una monarquía guiarnos por el pensamiento de la corte sería lo normal. Lo digo sin la menor insinuación despectiva. En la sombra de las cortes surgieron grandes pensadores. Recordemos a la monarquía francesa del XVIII o incluso antes, a Maquiavelo que creció al amparo del principado y sin embargo escribió "El Príncipe". Pero el problema es que México se ha proclamado república desde hace más de siglo y medio. Una república sólo puede funcionar cuando se conocen las inquietudes, sentimientos, dudas, ambiciones del pueblo. Se puede disentir de ellas, pero si la fuente de la soberanía y del poder constituido es precisamente el pueblo, los mecanismos de reconocimiento del sentir popular son, en algún sentido, la república misma: del pueblo, para el pueblo, por el pueblo.

Debo admitir que el parto de un pensamiento fáctico más allegado a ese sentir popular, por lo que he sido testigo, no ha sido fácil. En primer lugar porque el pensamiento mítico reaccionó contra el pensamiento factual mostrando un síndrome de sentimiento de amenaza, cuando en realidad son complementarios. Sin la Rosa de los Vientos de la doctrina el sentir popular no es más que una expresión amorfa de lo cotidiano.

Pero también la moral revolucionaria reaccionó en contra. Pareció que era casi subversivo publicar qué pensaba el pueblo mexicano sobre la religión, por ejemplo, o sobre la iglesia católica, o sobre la popularidad de los funcionarios, o sobre el Tratado de Libre Comercio. La reacción aquí consistió en atacar a los encuestadores antes que reconocer el útil mecanismo que, para la toma de decisiones, brindan las encuestas, los sondeos. Muchas de las decisiones que se toman actualmente sin explicación, quizá son legítimas. El problema es que queremos saberlo, no intuirlo. Ese matiz supone algo muy sencillo: la sociedad se apropia de las pantallas de Orwell. Queremos aproximarnos, por lo menos en imagen, al jardín de Rousseau. Una segunda reacción, ante las cifras, fue inventar encuestas para confundir. El asunto más candente, explosivo siempre: las elecciones, siempre las elecciones. ¿Por qué será? Inventar encuestas en un país con un sistema electoral débil fue una maniobra verdaderamente aviesa. El tercer momento de la reacción fue desacreditar a las encuestas y volver a rescatar el carácter *suigeneris* de los mexicanos. Vamos, las encuestas funcionan en

todas partes salvo en México, esa es la tesis. En esto sí no se pudo avanzar mucho; hay encuestas serias que por ende arrojan resultados más o menos similares y hay otras "cosas" cuyos objetivos no son conocer sino confundir repito.

¿Cómo creo que este tipo de ejercicios esté incidiendo en el pensamiento nacional, y digo nacional porque por fortuna revistas, periódicos, estaciones de radio y de televisión empiezan a publicar y transmitir ahora encuestas y qué bueno que así sea, pero, repito, cómo creo que incidirá esto en el pensamiento, en la reflexión en el país y, en particular en los medios? Creo que será en dos sentidos. El primero es que dará al pensamiento místico y a la moral revolucionaria y antirrevolucionaria la dimensión que toda doctrina debe tener, ni más ni menos. La segunda consecuencia quizá, más importante, es que los mexicanos tendremos una conciencia más clara de quiénes somos, en qué creemos. Esto nos permitirá rescatarnos frente a las ideologías vanas, vengan de los revolucionarios institucionales, marxistas redimidos o cualquier vertiente de ideología. Podremos así caminar hacia la sociedad abierta. Ello obligará a que las decisiones, tanto públicas como privadas, sean mucho más cercanas al verdadero sentir popular. Si sabemos quiénes somos podemos pretender saber qué queremos. Nos rescataremos también en la particularidad pues encontraremos que entre Sonora y Yucatán hay diferencias que no pueden ser ocultadas bajo el manto omniprotector y autoritario de la nación.

Pero para los que tienen temor a la **factofilia** debo decirles que así como los límites de la ideología vana son muy evidentes frente a los datos duros, como se les denomina ahora, también los límites de estos se hacen claros. Caer en la "dictadura del rating", como me dijera un ex-primer ministro francés, sin reconocer las múltiples contradicciones en el sentir popular que enseñan estos ejercicios es ignorar la verdadera riqueza del pensamiento, de la doctrina.

Esas son mis razones de este breve desvío. Seguiré tratando de explicar la Revolución Francesa con Carpentier y descendiendo a las tinieblas con Rulfo y atendiendo brillantes imagerías de Fuentes. Pero estoy convencido de que, como generación, sería irresponsable seguir hablando de México sin tener cifras. Un conocimiento más cercano de los hechos acompañado de la imprescindible Rosa de los Vientos del pensamiento, de la doctrina, nos permitirá construir un país más moderno, dirían algunos, puede ser, más democrático, por lo menos. Democrático, en tanto que, conociendo mejor el sentir popular, las decisiones deberán ser populares. Pero con seguridad arribaremos a un México más respetuoso del sentir de los ciudadanos. Reconoceremos el territorio de nuestras batallas, aparecerá el castillo y armados caballeros cabalgaremos veloces empuñando gráficas para, por fin, toparnos con el Gran Encantador y también conocer a las Dulcineas que conmueven a los mexicanos.